

## *Presentación del Rector*

Hablar de la obra *Reminiscencias en Recovecos Samarios* debe hacerse desde quien es su autor: Armando Alfredo Lacera Rúa. Como hombre brillante, sus inquietudes constituyen el punto de partida de una mirada acertada hacia su entorno, sus espacios, sus congéneres y sus vivencias.

Si hay alguien que refleja muy bien lo que es el espíritu de quien ha nacido en el Caribe y fue criado en Pescaíto, barrio que es el corazón de Santa Marta —no solamente por su ubicación geográfica, sino por el excepcional legado que comparte todos los días—, es el *profe* Lacera.

Quienes, embrujados, acompañamos sus relatos en medio de las montañas de papeles que actuaban como guardianas de su conocimiento sabíamos que levantarnos del lugar era perder la oportunidad de descubrir todos los secretos que hacían parte de la historia que vivió profusamente y que relataba con una exuberante intensidad que era capaz de superar la realidad.

Todos sabemos que los hombres de bien como Armando Alfredo Lacera Rúa siempre se comportan según algunas normas invisibles que dicta la vida, aceptando que hay ciertos preceptos que los rigen; porque su singularidad estará permanentemente adecuada a estipulaciones aceptadas por todos, rindiéndole gallardía a su juicio ético, su conciencia crítica y ese criterio legítimo que es su impronta.

Es así como se escriben nostalgias, vivencias y reminiscencias. Es así como se dicta una clase que edifica. Es así como se anda por la vida

sin sustraerse de los afectos y las pasiones propias. Es así como nuestro querido Armando nos enseñó —y nos sigue enseñando— que no debemos apartarnos del camino correcto, de la ruta debida. Y en este libro presenta todos los amores que organizaron de forma positiva lo que terminó siendo su esencia.

Cuando se presentaba, el profe Lacera decía con orgullo, como si se tratara de una extensión de su nombre, que era docente de la Universidad del Magdalena. Cualquiera podría creer que ese “subrayado” tenía como propósito encumbrarlo, santificarlo como varón o ascenderlo al Olimpo; por el contrario, era la tarjeta de presentación de su humanidad, o lo que es lo mismo, su benignidad, mansedumbre y afabilidad; pero, además, de su humanismo como concepción integradora de valores.

Su mente y su corazón, que eran laberintos virtuosos, no solamente pronunciaron palabras y escribieron textos atiborrados de conocimiento. Todos le debemos algo y, tal vez, no tendríamos cómo pagarle. Su vida sobreabunda en cajones repletos de enseñanzas brindadas que nos llevan permanentemente a convocar su nombre y su presencia. Es él, don Armando Alfredo Lacera Rúa, el mejor de todos los “recovecos” donde se guarda la memoria de lo que fuimos, somos y seremos como samarios de nacimiento o por adopción. ¡Disfrutar su literatura es el mejor homenaje que podemos rendirle!

Pablo Hernán Vera Salazar, Ph. D.  
Rector-Universidad del Magdalena

## Presentación de la familia

### Armando Lacera Rúa: *maestro de la vida*

*“El maestro deja una huella para la eternidad,  
nunca puede decir cuándo se detiene su influencia”*

**Henry Adams**

Armando Alfredo Lacera Rúa es sinónimo de sapiencia, inteligencia, ciencia, libros, lucha, responsabilidad, compromiso, rectitud, solidaridad, historia, cultura, folclor, música, alegría y humildad. La conducción bajo la disciplina de su querida madre, de sus recordados profesores de la “Sociedad Unión” y del Liceo Celedón y sus vivencias, en ese “conglomerado humano” de su barrio Pescaíto, pletóricas en fútbol, hermandad y unión ante las dificultades de cada familia, trazaron en él un alto sentimiento de consideración hacia la amistad y sirvieron como base para que, luego, con la adquisición de su educación profesional, se formara un ser con una calidad humana excepcional.

Esa fue mi percepción cuando nos enamoramos, yo muy joven pero con la certeza de querer a ese hombre como mi compañero de vida y padre de mis futuros hijos. Aceptarlo fue la mejor decisión que pude tomar en el año 1976. Doy gracias infinitas a Dios por esos 43 años en que me lo prestó, en los que con nuestros hijos compartimos amor, alegrías, dificultades, logros, sueños, proyectos y... música, mucha música. Así como cuando desde el inicio del noviazgo me cantaba “*Mi corazón por ti se hizo trovador, para cantar la vida y el amor, se hizo bordón acorde de guitarra, para lanzar al viento su canción*”, de Juan Bau, o “*Te amaré toda la vida*”, de Javier Solís, que entonaba emocionado en los matrimonios de nuestras hijas... Siempre me cantó, nunca dejó de hacerlo... Apasionado por la vida, apasionado por sus hijos, apasionado por los libros, por transmitir sus conocimientos, por la

Universidad del Magdalena, por Unimagdalena Radio... hasta cuando sus fuerzas se lo permitieron.

Conversar con mi esposo Armando era sumergirse en un aprendizaje continuo, era tener la mejor y más completa biblioteca a la mano. Convivir día a día fue reconocer su honestidad, templanza, la firmeza en sus convicciones, explosividad, buen humor, alegría, risa espontánea, y era tener disponible una fuente de dulzura y ternura hacia su familia. Su carácter extrovertido, dicharachero y caribeño se mezclaba con una capacidad innata de análisis y sentido crítico-reflexivo sobre las problemáticas políticas, sociales y culturales del país y de su amada Santa Marta. En sus luchas y apreciaciones sobre la conservación del medio ambiente levantó la voz cuando tenía que hacerlo, y el tiempo le dio la razón. Asimismo, en el ejercicio de su docencia, me emocionaba verlo regresar feliz de sus clases y contarme que ese día en particular *“no fue bromatología, sino que les di una cátedra magistral de música clásica a mis estudiantes”*. Fue exigente, pero también confidente y amigo de sus alumnos, a los que guiaba y aconsejaba como un padre... Siempre tenía una respuesta o una solución. Dio tanto, entregó tanto, y sin embargo, ya apagándose expresó: *“todavía me falta mucho por dar”*.

¡Campeón, lo lograste! Mi amor, orgullo y admiración para Armando Lacera Rúa, quien fue un ser humano único, ejemplo de vida como esposo, padre, abuelo, hermano y amigo. Ahora se encuentra en la eternidad, mas su recuerdo vivirá en mi corazón, en el de sus hijos Ruth, Mónica, Ingrid, María Fernanda, Armando Luis y en el de sus nietos. Para todas las personas que, como nosotros, tuvieron el privilegio de conocerlo y acompañarlo, siempre será “el amigo”, “el profe”, “el maestro”. Tengo la plena seguridad de que lo que sembró con tanto amor y dedicación, seguirá creciendo en cada uno de sus estudiantes como legado a las futuras generaciones.

**Xiomara Rincón de Lacera**

## *Mi padre: mi mejor amigo*

Como hijo, es muy difícil plasmar en una página lo que significa Armando Alfredo Lacera Rúa como persona, esposo, padre, hermano, amigo... Como “humano, demasiado humano”...

Hablar de Armando Lacera Rúa es pensar en su dedicación, entereza y entrega por las cosas que lo apasionaban. Era tener al mejor padre, amigo, maestro y melómano en casa. Sí, melómano, porque siempre me vienen recuerdos de cuando yo era un niño y me dirigía a la cocina en busca de cualquier alimento y era un “peaje” obligatorio sin costo para escuchar a The Beatles o Metallica o cualquier otro grupo de rock y/o metal que escuchaba a todo volumen... Luego, a las dos horas, cuando la necesidad de hidratación me acercaba nuevamente a su biblioteca, escuchar a su inolvidable Aníbal Velásquez o Los Corraleros de Majagual.

Mi padre fue un forjador de caminos, caminos con grandes adversidades, tropiezos humanos, guiado por una madre excepcional que nunca olvidó, incluso en aquellos días en que su ser se iba apagando, siempre tuvo presente a su amada Aya. Su inagotable espíritu para trabajar en lo que amaba. Para él, la Universidad del Magdalena era su templo, su lugar en el mundo, siempre reacio a dejarla, dándole a ella sus mejores momentos y su fantástico ingenio.

Puedo decir que gracias a la educación pública soy lo que soy. Recuerdo que en sus últimos días su presentación con orgullo ante el personal médico era: “Soy Armando Lacera Rúa, químico de la Universidad Nacional y profesor, durante cuarenta años, de la Universidad del Magdalena”; esto invadía mi alma al escucharle. Siempre nos inculcó que la educación es la mejor arma para la vida. Recuerdo cómo luchó por la universidad cada vez que la mano capitalista quiso dañarla.

Sus ganas de vivir siempre estuvieron encarriladas en buscar un equilibrio que no todos podemos tener: entre la magnificencia en su trabajo y la broma alegre y caribeña, esa cualidad de ser gente y amigo antes que profesor. Por eso y más, se le recuerda como maestro.

Verte emocionado hablando de tu último libro, ver cómo lo terminabas con tus últimas fuerzas, en ese lecho donde sabías y entendías que el tiempo en este mundo se te iba agotando. Porque incluso con una enfermedad terminal, nunca quisiste dejar de enseñar, ibas a la universidad a dictar clases... En este sentido, desde el día que partiste, nunca saqué de mi cabeza el deseo (casi una obligación...) de que las personas conocieran tu última obra. Es que tu legado nunca morirá, porque nunca muere quien es recordado... Tantas anécdotas que no me alcanzarían ni este ni otro libro, tantos recuerdos hermosos conservo de mi padre.

Papá, tu ejemplo me enseñó a caminar por la vida. Doy gracias porque, al nacer, Dios te eligió como mi padre. Ojalá yo pueda ser un buen padre como tú, ojalá mis hijos me recuerden como yo te recuerdo a ti, como el mejor padre del mundo.

Sé cómo influías en la vida de las personas, porque siempre tuviste un consejo y una carcajada desinteresada y humilde. Aunque no estés a mi lado, siempre te siento cerca, mi amado padre, nunca te olvidará tu “papaíto”.

La lucha continúa.

**Armando Luis Lacera Rincón**

## *¡Cómo nos aprisionan los recuerdos...!*

Desplazado pasivo fui —junto con mi madre (Dolores María Rúa Gallardo) y mis hermanos mayores: Leyla Labastidas Rúa y Rafael (Emilio) Alfonso Lacera Rúa— desde Riofrío, en ese entonces idílico trazo geográfico de la llamada Zona Bananera del Magdalena, a la sazón jurisdicción administrativa del municipio de Ciénaga. Había sido ya cerrado, en forma categórica, el estratégico, idóneo y hermoso Hospital Centro Mixto (visitado en 1925 por el presidente Marco Fidel Suárez), verdadero emporio de la prevención y profilaxis médicas, comparable con el Hospital de Ciénaga y con el humano y añorado Hospital San Juan de Dios de la capital de Magdalena.

En el año 1953, la United Fruit Company (La Yunáit) convirtió en realidad su bien pensada y orquestada ida de nuestro departamento, para desventura de los empresarios bananeros de Santa Marta, Ciénaga, Sevilla, Aracataca y Fundación, y de sus corregimientos.

Anclado en Pescaíto atisbé, en el segundo lustro de los años cincuenta, la pujanza de egregios empresarios para continuar con la siembra, recolección, transporte y exportación de las musáceas que, hoy en estas calendas, se me antojan de salvadores y salutíferos: se direccionaron y formularon proyectos de sustitución agrícola de manera extensiva que convirtieron la Zona Bananera en una despensa alimenticia, piedra angular de nuestra seguridad alimentaria con bien logrados cultivos de: manguíferas (mangos de azúcar, chancleta, número once, manzanita, hilacha y otros; después fue introducido el Tommy Atkins); anonáceas (anón, guanábana, chirimoya); cucurbitáceas (patilla o sandía, melón, ahuyama, calabaza, pepino); bromeliáceas (ananás o piña); sapotáceas (caimito, zapote, mamey, ¿níspero?); papayáceas (papaya: la frutabomba de Cuba, la lechosa

de Venezuela), lauráceas (aguacates redondos y en forma de pera, de corteza verde esmeralda o morado profundo, a cuyas carnes aquí se les ha considerado mantequilla del monte). Asimismo, en esta área del Magdalena (Grande: aún no se había tri—escindido) se aprovecharon cultivos de leguminosas como la guama, la cañandonga (para el tratamiento de la anemia en niños, adolescentes y adultos) y el fríjol cabecita negra o fríjol caupí (*Vigna sinensis*): ¡la carne vegetal de los que somos caribeños colombianos!, utilizado a partir de la segunda década del siglo XX en guardarrayas y caminos reales para fertilizar biológicamente los cultivos bananeros (son las leguminosas las únicas plantas de la Tierra que no la agostan: capturan el nitrógeno del aire y lo fijan en el suelo como material orgánico para la alimentación vegetal): hoy este fríjol es fundamental en nuestra dieta diaria y en las de casi todo el territorio nacional, gracias a visionarios como Francisco Dávila Pumarejo, Eduardo Dávila Riascos, Alfonso Campo Serrano... Para el disfrute de niños, novios y casados: el esférico y sapindáceo mamón (mamoncillo), de consumo directo o en dulce albimarado; y la carnosa manzanita de rosa, las dos frutas de intensa comercialización... Esta despensa zonera era pródiga en hortalizas: tomate y ajíes criollos, berenjenas; así como el jugoso marañón (cultivado profusamente por don Pablo García en la finca Santa Inés, en Riofrío) y el agridulce hobo (o jobo), terebintáceas y caribeñas ambas frutas.

En el último lustro de los años cincuenta e inicio de los sesenta aún eran pujantes tanto Ciénaga como Santa Marta. En ambas poblaciones existían fábricas de hielo para la conservación de pescado, agua con hielo picado para hogares y ventas de comida; preparación de jugos de frutas tropicales, batidos con molinillo o rotores manuales; fabricación de deliciosos helados, cuajados por

descenso crioscópico con sal fina sobre el hielo. Era un tremendo lujo la adquisición de neveras y de las escasas licuadoras. Faltaban años para contar con congeladores (*frízer*) y botelleros para refrigeración. Se distribuía el hielo en carros de madera herméticos y “termostatados” con aserrín fino y oloroso.

En Ciénaga y Santa Marta, las estaciones del ferrocarril jalonaban muchísimos empleos (directos e indirectos) y eran centros de multitudes (lo mismo que las estaciones de Gaira, Riofrío, Varela, Orihueca, Sevilla, Guacamayal, Aracataca y Fundación) del traslape cultural y la información cotidiana endógena. Recuerdo en las esquinas de la carrera cuarta y sexta y de la calle 15 (Paso de Calais) pequeñas casetas con personal dedicado al control del tránsito de personas, carros e mula, carretillas y de los escasos automóviles, camiones, volteos y chivas (buses) cuando el tren entraba hacia el noroeste de la ciudad, mediante bajada y subida parabólicas de la Palanca, un sistema de poleas, tuercas, tornillos y una pieza de madera larga y angosta, con franjas horizontales amarillas y negras... En estas esquinas —y por las calendas— los empresarios bananeros dejaban abiertos ciertos vagones para que la comunidad asiera uno o más gajos o racimos, algunos de ellos poseyendo hasta veintiuna manos (!), algunas de ellas con más de veinticinco (dedos) de guineo de cáscara esmeraldina y carne blanquecina latexífera interna. En fehaciencia, este *guineo de rechazo* hacía parte importante de la seguridad alimentaria y nutricional para los ciudadanos muy pobres, los desempleados o empleados con salarios raquítricos. Condición prevalente por más de un siglo que, asimismo, adoptó la gente de altos ingresos económicos y la de apellidos históricamente tradicionales de la Ciudad de Bastidas. Empero, en este 2019 emanan factores nugatorios opuestos a la ingesta diaria de estas musáceas alimenticias, base de la dieta humana desde milenios ha. Cultivadores y empresarios comercializan para otros departamentos, y cada vez más, desbasteciendo a la población, con la entronización de precios internos alarmantes. El *quite* a los altos precios, de otros materiales alimenticios, desapareció de una: un plátano (verde o amarillo), en el mismo mercado público, de trescientos pesos (unos seis meses

atrás) se *jonroneó* por encima de mil seiscientos pesos por unidad. Les suplico a los encargados y veedores de la seguridad alimentaria y nutricional en Santa Marta y el Magdalena: Distrito, Gobernación, Bienestar Familiar, Procuraduría, Personería, Defensoría del Pueblo, Concejo Distrital, Duma Departamental, Juntas de Acción Comunal, JAL: ¡AUXILIO!

Desde Fundación, el tren de carga venía recogiendo muchos subproductos agropecuarios, como el sebo de res para la fabricación de jabones (mediante el proceso de saponificación) y pieles de res (destinados a la curtiembre artesanal), garantes de contar la población de Ciénaga con un cuero de gran calidad durante la esmerada confección de todo tipo de calzados, bolsos, carteras y otros artículos importantes, principalmente por experticios italianos, en: La Renaciente, de Votto y Russo; Zapatería de Amadeo Contalcure (quien después se trasladaría a Santa Marta); *Zapatería Casa Azul*, de Fuscaldo y Vallande; la Zapatería de Natalio y otras zapaterías menores, que también participaban de un mercado muy dinámico, cada día más exigente, en Santa Marta, centros poblacionales de la Zona Bananera, Fundación, Valledupar y otras localidades del Magdalena Grande... ¡Estos y muchos otros recuerdos me aprisionan!

**Armando A. Lacera Rúa**

## Prólogo

*“Recordar es fácil para quien tiene memoria,  
olvidarse es difícil para quien tiene corazón”.*

**Gabo**

Cuando alcanzamos la madurez de vida hemos acumulado tantos y tan variados recuerdos que al querer contarlos nos encontramos con el gran problema: qué contar y cómo contarlo. Qué contar depende de cómo hemos vivido y cómo recordemos lo vivido; cómo contarlo depende de la capacidad intelectual y del manejo del lenguaje para contarlo.

Armando Alfredo Lacera Rúa ha llegado a su madurez vital, ha vivido intensamente, tiene mucho que contar y ha logrado lo que pocos logran: la madurez intelectual y la capacidad para poder contarlo. Ya lo pudimos comprobar en su libro de relatos y descripciones *Recuerdos: fiestas patronales, navidad y carnavales en Santa Marta*, en el que no deja por fuera ningún aspecto de la cultura samaria de pasadas décadas. Y ahora con su nueva obra *Reminiscencias vivificas en recovecos samarios* nos entrega una compilación de evocaciones de su vieja Santa Marta, su entorno vital. Pocos hombres como este conozco que hayan podido establecer un vínculo tan afectivo con el lugar que los vio en su niñez y los siguió muy de cerca en su adultez. Cuando Armando Lacera, con una mezcla de pasión y añoranza casi de niño, nos habla de Santa Marta, y sobre todo de su Pescaíto, advertimos que este hombre está hecho de la arena y de las piedras de esta tierra con la que ha establecido una especie de simbiosis. Y en efecto, cuando a ratos caminamos con él y guardamos silencio para escucharlo, tenemos la rara sensación de que es un pedazo de calle de Santa Marta, pero un pedazo vital y pensante. Otra cosa llama la atención en él: no oculta la pobreza por la que atravesó su niñez, más bien pareciera solazarse en su recuerdo. De aquí que toda

su obra esté permeada de recuerdos referidos a lo popular y a sus manifestaciones culturales.

Al abrir *Reminiscencias vivíficas en recovecos samarios* nos encontramos con las vivencias de la actividad de Lacera en su edad temprana: vendedor de loterías. Actividad que tuvo que desempeñar empujado por las necesidades de subsistencia y en la que le tocó lidiar borrachos en bares y cantinas de baja reputación donde diariamente acudía a ofrecer su lotería. Pero era en las “Tiendas de Chinos” en las que se detenía y se olvidaba de sus loterías solo para ver los “intensos y cerebrales partidos de dominó en cruz o individual”; y era aquí en estos torneos de la astucia y de la inteligencia donde brotaban “los momentos del raciocinio y el debate punzante en los que se mezclaban el escolasticismo medieval con el rigor de la dialéctica”. Las conocidas “Tiendas de Chinos” fueron verdaderos centros del quehacer intelectual de Santa Marta en pasadas décadas, lo que reconocería más tarde el propio Gabo. Allí departían a diario samarios que descollaban por su intelecto y su afán dialéctico como Juan de Dios Villar, Pedro Bonnet y el mismo García Márquez. Es fácil deducir que este ambiente intelectual al que por motivos de la actividad con la que se ganaba el sustento asistía como espectador fue el fermento que sirvió para el ulterior desarrollo del muchacho lotero. Desarrollo intelectual que comenzaría a perfilarse en el colegio Liceo Celedón, de lo cual nos dice: “Brotan en mí, bella e intensamente, la preferencia y el deleite por los aspectos históricos y literarios universales...”. Aquí, Lacera Rúa nos hace una exposición sobre los cantares de gesta, la literatura caballeresca y gran parte del cuadro literario de la Edad

Media, así como del clasicismo francés. Actividades pedagógicas estas orientadas por maestros como ‘Chan’ Jiménez, Rafael Celedón Rodríguez y José Laborde Génneco, que definitivamente moldearon su cauda intelectual.

Termina la primera parte del libro, en la que a trechos se agolpan los recuerdos e ideas como si quisieran salir todos al tiempo y en tropel, ubicándose en el primer lustro de su vida en Riofrío (su tierra natal). Aquí nos describe las fincas de los terratenientes del lugar y las relaciones semif feudales que allí se daban. Y al final nos presenta una autosemblanza en la que muestra sus principios éticos y morales y un esbozo de su concepción ideológica, así como su aprecio por la tierra que lo vio nacer y por la otra que lo acogió de niño, “en donde corrí y jugué libremente bajo el sol, el mar, el viento, la lluvia”.

Y en esta sucesión de evocaciones nos trasladamos a la Calle de las Piedras, que para la década de 1960 fuera un centro vibrante del quehacer samario y en la que, como en una especie de simbiosis, convivían la actividad comercial, hotelera y de prositución en bares y cantinas de las más disímiles categorías que irradiaban hacia los cuatro puntos cardinales y a la vez atraían como un vórtice hacia su centro. De la mano de Lacera Rúa cobran vida las prostitutas venidas de varias ciudades de Colombia, los bares y cantinas con su música estridente y sus putas opulentas, las comidas típicas de los restaurantes del lugar. Todos los espacios vitales de la famosa Calle de las Piedras en un pormenorizado relato que nos muestra cómo el auge de esta calle está ligado a la explotación febril del banano en la Zona Bananera, la que a su vez trajo a Santa Marta la expansión férrea y portuaria y, alrededor de esta expansión, la aparición de muchas actividades en las que no podía faltar la del lenocinio como una de las primeras de la humanidad.

En estas crónicas no puede faltar la actividad cotidiana de los samarios: el fútbol. El campito Bermúdez, las tiendas La Lucha y El Otro Mundo, en Pescaíto, la cuna del fútbol; eran los sitios donde todos los sábados se daban cita los pescaiteros para presenciar las intensas jornadas futboleras. El relato de estas jornadas y la descripción de lugares y personajes del fútbol criollo abundan en detalles referidos a la actividad futbolera y a futbolistas como Chicho Terra, el gladiador del fútbol de Pescaíto. Después de leer esta sección del libro, que abunda en referencias, relatos y descripciones, quedamos con un cuadro completo del fútbol samario hasta la década de 1970.

Son varios los temas que completan esta compilación de reminiscencias con las que el lector de otros lares podrá tener un cuadro de la otrora Santa Marta y el lector samario podrá solazarse en sus recuerdos; podrá tener las imágenes de recovecos samarios que permanecen latentes en su memoria y que sin duda esta compilación traerá al presente con pleno vigor.

Los invito, entonces, a adentrarse con gusto en este libro que, abundante en relatos y descripciones lugareñas, algunas veces nos habla con un lenguaje culto y otras con un lenguaje corriente, en el que no pueden faltar los regionalismos y vulgarismos por la necesidad misma de la obra, en la que también se advierte, como ya dijimos, que a trechos se agolpan los recuerdos e ideas como si quisieran salir todos al tiempo y en tropel, pero siempre en busca de vivificar los recuerdos de recovecos samarios.

**Agustín Valera Fernández**

## *El olvido del hombre*

*... Y echóles Dios la bendición, y dijo: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, enseñoreaos de ella, y dominad a los peces del mar, y las aves del cielo, y a todos los animales que se mueven sobre la Tierra. Y añadió Dios: ved que os he dado las yerbas las cuales producen simiente sobre la Tierra, y todos los árboles, los cuales tienen en sí mismos simientes de su especie, para que os sirvan de alimento a vosotros... Y a todos los animales de la Tierra y a todas las aves del cielo, y a todos cuantos animales vivientes se mueven sobre la Tierra, a fin de que tengan que comer. Y así se hizo. Y vio Dios todas las cosas que había hecho: y eran en gran manera buenas. Con lo que queda de la tarde y de la mañana, se formó el día sexto (Génesis I, v.28–31).*

En contravención a la bendición bíblica, el ser humano olvidó que el disfrute suyo en este mundo solo es posible bajo la observación de producir simiente de árboles, aves... y todo animal viviente en la Tierra... Es realidad divina práctica que la inmortalidad reside en la especie (simiente) y que, por tanto, el individuo debe morir (o sacrificarse) para que sobreviva eternamente su especie... Esta relación de equilibrio natural se la describió el Dios de Abraham al hombre en el sexto día de su Agenda, con la críptica recomendación de que el *comer* (alimentación, bienestar, sobrevivencia sempiterna) sería posible para él; los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven sobre la Tierra, toda yerba y todo árbol que produce simiente únicamente bajo el principio irreducible de recordar que este planeta es un sistema viviente, no funciona